

### **VERA CRUZ, Lunes Santo, 3 de abril. Pascua de Resurrección, 2023**

He pasado esta tarde en la Vera Cruz. ¡Todo ha sido emoción, sencillez, acogida cariñosa y elegante, presencia cuantitativa de hermanos cofrades, oración firme, solemne, comunitaria, Eucaristía, encuentros, un hermano que está viviendo la vida de Jesús, la Pasión de Jesús! Vuelvo a casa cargado de emoción, desdoblado mi corazón de amor por mis hermanos de la Vera Cruz, por ese Jesús crucificado que lleva paseándose por Sevilla desde hace 523 años, por esa María, Madre de Jesús y Madre nuestra que recoge todas nuestras tristezas y nos las convierte en alegría.

Llegué sobre las 17.15, dos hermanos y una hermana me recibieron en la puerta de la iglesia, la hermana cariñosa y respetuosa me cogió amablemente del brazo y me acompañó al banco que habían reservado para los ancianos invitados. Otro hermano sacó la lista, comprobó mi nombre y me entregó una tarjetita con mi nombre e invitación que me colocó en la solapa de mi chaqueta.

Poco a poco la capilla se fue llenando de hermanos. Comenzaron los encuentros y los saludos. Me saludo Gigi, siempre tan atento y tan sencillo; me saludó el hermano mayor que no es más que eso, mi hermano mayor; me saludo Pedro Guinea, durante años hermano mayor de la Cofradía de la Vera Cruz de Bilbao, que viene todos los años a participar en la procesión de la Vera Cruz de Sevilla y hacía varios años que no nos habíamos visto. ¡Qué alegría reencontrarnos! ¡Tantos recuerdos! El tercer congreso internacional de las cofradías de la Vera Cruz celebrado en Bilbao allá por los años ochenta, el profesor portugués José Márques, ya fallecido, a quien invitaba a todos los congresos y en Bilbao se compró una bilbaína, el museo de Semana Santa, el minuto de silencio por el hermano .. ... de la Cofradía de la Vera Cruz de la ciudad de México que mandó su ponencia, pero había fallecido días antes víctima de un accidente de automóvil; el hermano de Puente Genil que me seguía a todos los congresos, de aquella conferencia mía no quedó muy satisfecho; la acogida y el discurso con profundidad teológica y belleza literaria del obispo don Ricardo Blázquez; el amigo de Alcalá del Río que hacía tres años que no nos veíamos; un amigo cuyo nombre no recuerdo pero que vino desde la otra punta de la iglesia para saludarme efusiva y cariñosamente.

De pronto fue haciéndose paso entre los cofrades, ya muchos en la iglesia, una silla de ruedas grande con un anciano, vencido sobre la silla, con barba blanca. ¡Era Emilio Morejón!. ¡He aquí a un hombre que ha seguido a Jesús y ha vivido y vive al pie la letra la vida y la Pasión de Jesús!.

Me conmocionó y me asustó!. Por fin meforcé a acercarme a él y saludarle, con miedo, con vergüenza, ante aquel hombre medio destruido. “Emilio ¿qué te ha pasado?” “Me dio un ictus en mayo del año pasado”, me contestó. Emilio era secretario de la Hermandad de la Vera Cruz en los años 80 cuando yo ingresé en la cofradía. Había conocido la cofradía porque entonces estaban en ella los scouts cristianos y yo incorporé a este movimiento, que conocía anteriormente, a mi hijo de siete u ocho años. Así comenzó mi amistad con aquellos hombres de la cofradía, pero no ingresé en ella. Todos los años, promocionada por no sé quién, Jorge Bernales, catedrático de arte de la Universidad de Sevilla, preparaba en Cuaresma una exposición de objetos pequeños, desconocidos, interesantes de las cofradías, al comienzo y al final organizaban una conferencia. Allá por el 84 me invitaron a mí a impartir la respectiva conferencia. Hablé de las cofradías y, entre otros puntos, de “las mujeres y las cofradías”, defendí la presencia de las mujeres en las cofradías, en toda la cofradía, desde la directiva a la procesión, ya lo eran de derecho, estaban inscritas en el libro de los cofrades y tenían un número de antigüedad, pero no tenían otro cometido que limpiar, vestir a las imágenes y poco más. Cenando, Bernales me dijo: “¡Estás influido por la Cofradía de la Vera Cruz!”. “No pertenezco a ella”, le contesté, “pero mañana me voy a inscribir”. Así ingresé en la cofradía. Emilio Morejón pasó a ser elegido Hermano Mayor. Salía todos los años en la operación carretilla, micrófono en la mano y despertando a la ciudad por las calles céntricas para recoger dinero, objetos, comida para repartir entre los necesitados; participaba en la Estación de penitencia, como, es lo lógico en la Vera Cruz, penitente; acudíamos a todas los campamentos de los scouts en verano, estuvimos en Lanjarón, en Jaca, en Jadraque, en el embalse del El Tranco, no recuerdo más nombres ni lugares. Emilio es un hombre bueno que trabajaba en un banco, donde un hermano de la Vera Cruz le dio una buena sorpresa, pero él seguía humildemente, entregado a la cofradía. Él con su mujer, Ana, se encargaban de la acción caritativa de la Hermandad. Su mujer enfermó de cáncer y murió. Un día Emilio me dijo “habíamos pensado que nuestra vida terminaría los dos en un país pobre trabajando caritativamente”. Por estas cosas de las hermandades y cofradías a algunos dirigentes no les gustó el modo de dirigir la Hermandad y Cofradía Emilio Morejón y buscaron para que no continuara un segundo mandato y propusieron a otra persona. Emilio, solo, comprendió que este era su momento propio para una entrega total: ingresó en el Seminario. Asistí a su primera misa y besé sus manos recién consagradas. Estuvo en una parroquia rural adonde me invitó a dar una

conferencia. Después en la ciudad de Sevilla, en el barrio de San Jerónimo, por último en San Ildefonso compartiendo con don Gerardino la parroquia de san Isidoro y allí le ha llegado la entrega total, el sufrimiento total, derrotado y sentado en una silla.

La capilla estaba llena de hermanos, como nunca, comenzó la Eucaristía. Concelebraban cuatro o cinco sacerdotes venidos con sus cofradías de otros lugares y un diácono. Fue impresionante. Quinientas seiscientas personas, mujeres y hombres, rezando en alta voz y firmemente el “yo pecador”, “santo, santo, santo”, “¡anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús! “padre nuestro”, “Señor no soy digno de que entres en mi casa”, una comunión que se extendió por minutos y minutos repartida la Eucaristía por los celebrantes. Aquella era la fe cristiana sincera, manifiesta, con voz clara y firme de unos cofrades, todo lo demás no tenía importancia. Si, algo más, la bolsa de caridad tan frecuentada por los hermanos y que reparte a familias necesitadas y minusválidos.

Finalmente salieron los hermanos en procesión. Todos los hermanos que formaban antes del paso de Cristo cargados con la cruz, penitentes, como los autoflagelantes primitivos de finales del siglo XV y muchos años después, en el XVI, en el XVII, en el XVIII. Detrás del paso de Cristo los hermanos de luz y el paso de Nuestra Señora de las Tristezas y al final, coronando la procesión lo más importante, un trozo del madero de la Vera, Verdadera Cruz, donde Jesús murió, el Lignum Crucis, que antes de salir Emilio, en su silla de ruedas, se acercó a venerar, está identificado con esa cruz, con la cruz de Jesús.

Una última palabra para la salida de los dos pasos. Fue una obra de fuerza, de concentración, de marcha perfectamente acompañada, de penitencia. ¿Cómo pudieron aquellos costaleros agachados o arrodillados debajo de los pasos sacar a la calle aquellos pasos que rozaban el techo y que tenían que doblar totalmente un ángulo recto?. Fuera el pueblo en masa contemplaba aquel espectáculo de fe cristiana en torno a Jesús Crucificado y su Madre, María de las Tristezas, alguien cantaba una saeta. Me vine para casa, emocionado, satisfecho, renovada mi fe y mi esperanza en el Crucificado pobre que era el esposo de la virgen Clara y que podía estar muy bien representado en ese Crucificado gótico, retorcido, pequeño, pero que representa la fe cristiana constante de un pueblo durante seis siglos y nos lleva a la Verdadera Cruz que hallara santa Elena, la madre del Emperador romano Constantino I el grande allá por el 320.

“Y si Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación no tiene contenido ni vuestra fe tampoco”, dice san Pablo (1 Cpr. 15, 14.15). Tanto

celebrar la Pasión y se nos olvida que Jesús ha vencido a la muerte, que ha resucitado, que resucitaremos con Él.

Amiga y amigo que me lees, apoyado en Jesús, resucita en tus trabajos, en tus ocupaciones, en tu amor a los tuyos, a tus amigos, a los pobres. Celebremos alegremente el compartir una fe que nos muestra un camino que solo tiene un mandato: “ama al prójimo como a ti mismo”, y una vida eterna en las moradas que nos tiene preparadas el Padre Celestial. Feliz Pascua de Resurrección.

José Sánchez Herrero

---